



EL NIÑO JESUS.

QUERIDOS NIÑOS: uno de los sentimientos más nobles y fecundos que puede inspiraros la lectura de *LA AURORA DE LA VIDA*, es indudablemente el sentimiento religioso. Por eso vuestros padres, no satisfechos con el ejemplo que diariamente os ofrece su conducta, quieren juntar la teoría á la práctica, y hacer que dulcemente vayais comprendiendo al repasar sus líneas las sublimes verdades de nuestra divina religion, las tiernas y patéticas escenas que ofrece á la consideracion de los fieles. Seguir paso á paso las festividades que la Iglesia tiene distribuidas para cada uno de los dias, de los meses, de las estaciones y épocas del año, sería para mí gratísima tarea, si no contara con que vuestra imaginacion, todavía muy tierna, no podria soportar la pesadez de mi relato. No temais: precisamente nuestra religion tiene la ventaja de acomodarse á todas las edades, á todos los espíritus, á to-

das las situaciones de la vida. Por eso á vosotros que sois niños os presenta tambien un niño á vuestra adoracion, á vuestros obsequios, á vuestro amor, y por eso mi afan se reduce hoy á hablaros un poquito del niño Jesus.

¡Qué nacimiento tan humilde el suyo! ¿No es verdad? Pocos dias hace que colocando entre los peñascos, que vuestros padres os compraron, las diversas figuritas que habian de adornar el cuadro, reservábais todo vuestro cuidado para las que habian de ocupar el fondo, que no eran otras sino las de María y José alrededor del pesebre, donde entre el aliento del buey y de la mula respiraba el niño Jesus. Y á pesar de esta pobreza y desnudez, todo á su alrededor era alegría. El viento resonaba con los cánticos de los ángeles; los pastores acudian en tropel á ofrecerle sus dones; el cielo, que contemplaba á su Rey despojado de su majestad y envuelto en pobres pañales, se complacia tambien en ver la tierra toda despojada de sus galas, simpatizando con su Señor, envuelta en un blanco manto de inocencia. Bien lo comprendiais así vosotros al

repartir á uno y otro lado escenas de sencillez y de contento. Un baile á la puerta de una choza; un viejecito regresando á su casa con el jumento bien cargado, y la abuela que hilando el copo sale á esperarlos á la puerta; una fuente no lejos de un corrillo de pastores, quienes dejan de atizar el fuego para escuchar la voz del ángel y referir la buena nueva; y por supuesto, en lo alto una magnífica estrella iluminando á los tres señores que bajan por escabrosa senda, seguidos de sus negritos y sus dones.... y todo ¿por quién y para quién? Por el niño Jesus; para honra y gloria del recién nacido.

Pero debéis pensar que no fué siempre tan feliz, y que si durante su ventura vuestra simpatía y vuestro cariño le son mucho más agradables que los más ricos adornos, en los momentos de desgracia vuestra compasión y vuestro amor deben ser para él de un precio infinito. No necesito yo encarecéroslo para tener la seguridad de que le concederéis una y otro cuando sepáis que era todavía más pequeño que vosotros, y ya le quisieron matar por sospechas de que valía mucho y de que habia de ser Rey, y sus pobres padres tuvieron que andar mucho camino con él en brazos, y retirarse á extraña tierra para librarle de la feroz cuchilla que degolló á tantos inocentes. Si le seguís luego en su vida, le hallareis dócil y sumiso junto al que era reputado su padre, carpintero de oficio, y al lado de su santa Madre cuyas delicias formaba. Hijo de Dios como sabéis, lleno de ciencia y de virtudes, no quiso sin embargo mostrarlas al mundo sino poco á poco y con humildad, tomando primero vuestra figura y vuestras gracias para que por ellas le adoráseis desde vuestra cuna, para que sepáis que le conmueve vuestro desvío y lamenta vuestra frialdad; que os quiere como á hermanos y amigos; y que siendo él tan santo y tan bueno, tan obediente y cariñoso, de ninguna manera podeis complacerle mejor que siendo tambien vosotros dóciles y amables, respetuosos para con vuestros padres y superiores, francos y sinceros para con vuestros amigos, y prontos siempre á cumplir todos vuestros deberes. Así obtendréis á su vez el cariño de Jesus y su marcada predilección. Apresuráos pues en

este mes de Enero que se consagra al recuerdo de su nombre y de sus gracias, á ganáros su amistad y hasta su confianza por los medios que os he indicado: no dejéis apagar en vuestro pecho su tierna memoria, aun cuando hayais ocultado ya las figuritas de barro de vuestro Nacimiento; y tened en cuenta que obrando así, ireis adquiriendo dulcemente el amor de Dios, sentimiento el más hermoso que puede abrigar el corazón del hombre, y tesoro cuyo valor es infinito, cuya hermosura siempre brilla, cuya virtud nunca perece.

Gregorio MARTINEZ GOMEZ.

EL NIÑO Y EL PERRO.

I.

En un día lluvioso de invierno, recorría las calles de París un pobre niño implorando la caridad pública, con un eco tan lastimero y lloroso, que partía el corazón.

Sin embargo, los más ricos caminaban en coche, abrigados con sus pieles y estufas, y no podían comprender á través de los cristales de sus lujosos carruajes lo que es tener hambre y frío, y no encontrar una mano piadosa que mitigue estas dos horrorosas necesidades de la vida.

Otros que iban á pié, ostentando tambien ricos trajes, tenían que cuidar de no salpicar con el lodo su bien acabado vestido, y caminaban aprisa, cubriéndose con el paraguas, y es seguro que tan embebidos iban en su propio atavío, que si el niño pordiosero hubiese interrumpido su paso, le habrían derribado quizá sin miramiento por no parar su carrera.

El desgraciado niño alargaba su descarnada manecita cada vez que cruzaba alguno, y aunque esto era con bastante frecuencia, apenas se cuidaban de mirarle ni responderle un—¡Dios te perdone!—siquiera.

El infeliz no pedía á los que pasaban algo desarropados ó con ropa que indicase pobreza, porque decia para sí:—Esos serán casi tan pobres como yo.

El agua caía á torrentes, y el niño tenía sus enmarañados cabellos hechos una sopa, cayéndole por la frente, tapando casi sus negros é inteligentes ojos, que ora estaban un tanto amortiguados por el desmayo y el horrible frio que sentía interiormente.

Era más de medio día y no tenía esperanza siquiera de mitigar su martirio.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡me dejarán morir de hambre! ¿No habrá un alma piadosa que se compadezca de mí? ¡Pobre madre de mi alma! Cuando tú vivías, siempre tenías donde buscar un pedazo de pan para tu hijo! Llegará la noche, madre de mi corazón, y tendido en el mármol de alguno de esos palacios, moriré como pudiera morir un perro, sin que nadie le pregunte por qué.

Si me oyes, madre, pide á Dios que me lleve contigo. ¡Desde que te fuiste del mundo he sufrido tanto!....

¡Nadie! ¡nadie se compadece del niño! ¡me dejan morir! ¡estoy estenuado! ¡no puedo más!...

Con efecto, sus ojos se amortiguaban, y un temblor convulsivo hacía rechinar sus menudos y blancos dientes; sin embargo, hizo un esfuerzo más: pasaba á la sazón un coche, y con esa energía que da el último esfuerzo de la necesidad y la desesperación, se lanzó hácia la portezuela, logrando apoyar su desnudo pié en el estribo, para llamar la atención de los que iban dentro y ver si se compadecían de su miseria.

Federico solo tenía diez años; pero aunque demacrado por el hambre, su contestura era nerviosa y ágil; así es que afianzado con violencia pudo ir un breve espacio dando clamores lastimeros para hacerse oír, pero en vano. Dentro reían y hablaban con estrépito, y al mismo tiempo el ruido de la lluvia que azotaba los cristales y el de las ruedas corriendo con precipitación, hacía imposible que la voz de la desgracia penetrase en aquella pequeña habitación portátil de los goces y la molición.

¡Quién se acuerda del frio y el hambre yendo recostado entre damasco y algodones!....

El yerto niño insistió por su desgracia, pues el cochero, que la echaba de tronquista famoso

y miraba con desden á todos los aurigas, tanto por su fama indisputable como por la suerte de servir á un título de los de más valía, al notar que un *haragan*, un *pilluelo* había tenido la insolencia de escalar el coche de su señor, agitó el látigo formando círculo con esa maestría singular que tienen los de su clase, y girando después hácia el costado, sacudió un latigazo al desgraciado Federico, que le hizo caer en tierra revolcándose en el lodo y dando gritos ahogados por el dolor.

A la sazón pasaba un hombre con gorra y blusa, en la cual iban algunas señales de pintura. Era un pobre artista que volvía de su taller é iba á su casa huyendo del frio y el agua.

Cuando vió la acción brutal del cochero, partió á escape como un león, diciéndole encolerizado mil injurias y denuetos; pero el coche iba más veloz que su carrera, y tuvo que volver jadeando de fatiga al lado del niño, que aún seguía gimiendo y llorando.

Unas pobres mujeres le habían levantado y le prestaban consuelo, apostrofando al auriga con estos y otros términos:

¡Hereje! ¡pícaro! —Ni los ricos entran en la gloria, ni los que les sirven tampoco! —¡Vaya una crueldad! —¿Por que no le ha muerto? —¡Para lo que falta, mejor sería! —¡En quitando todos los pobres de en medio, los ricos no tienen estorbo! —No; pues esto no ha de quedar así; ¡es menester dar una queja! —¿De quién es el carruaje? —Yo no lo sé. —Ni yo. —Ni yo. —Eso es lo mejor, que se queden riendo; así sucede siempre. Hacen un atropello, pero como van en piés ajenos, écheles usted un galgo. —Mi pobre abuela murió estrujada contra una pared en otro lance por el estilo, y nadie nos dió razón de quién era el carruaje. —Pues cuando los pobres hacemos algo, pronto lo averigua la policía. —¡Vaya un lance! —¡Vaya una crueldad!

En esto llegó el de la blusa y el gorro, y haciendo despejar el pronunciado auditorio, se llevó al niño á una tienda inmediata é hizo que le prestaran los socorros necesarios. Después le dijo:

—Solo he ganado hoy dos francos, hijo mio; tengo seis hijos que aguardan les lleve

pan; me quedo con uno para saciar su hambre; toma otro, y socorre por hoy tu necesidad.

Si me necesitas otro día, pobre niño, búscame en el taller de Mr. Milbert, que está en la calle anterior á la entrada de esta. Aunque tengo seis hijos y una mujer enferma, siempre que lo necesites te daré un pedazo de pan, que limosna que se da quitándolo uno á sí propio ó á los suyos, está probado que Dios la paga con primicias, y al darte á tí un poco de alimento, hijo mio, estoy seguro me lo pagará el que todo lo da con creces, y bendecirá la frente de mis hijos y no los desampará nunca.

El niño besó las manos con efusión á aquel buen hombre, y así que se hubo separado de él compró un poco pan y queso para mitigar su hambre.

Devorando aquel sencillo manjar fué andando á la ventura, guardando el resto de su mercancía para alimentarse al día siguiente.

Poco habia comido aún, cuando vió venir una turba de muchachos que traian un perro atado por el cuello y le obligaban á andar, dándole con el pié, mientras el pobre animal se tendia rendido, abriendo una enorme boca y babeando de cansancio.

—Ves? ves? decia un chiquillo de pelo colorado y mofletudas mejillas. ¡Cuando digo que va á rabiar!

—A mí quiso morderme.

—Y á mí me olfateaba para hincarme el diente.

—Pero no te lo hincó, dijo otro, y sin embargo quieres arrojarlo al rio.

—Sí, porque este perro se conoce que no tiene amo en lo hambriento y espeluznado que está, y embestirá á cualquiera, y si no muere así, tendrá que morir á pedradas ó á palos.

—¡Pobre animal! dijo otro niño, pálido y de ojos azules, que revelaba una fisonomía franca y compasiva. Dejarle y que siga su suerte.

—Sí, para que rabie.

—¿Y qué os importa á vosotros?

—Eso es, si nos muerde no nos importa.

—¡Al rio! ¡Al rio! Al rio!....

—Sí, sí, ¡al rio, al rio!....

El niño de ojos azules se opuso de nuevo;

pero no hubo piedad. La turba siguió arrastrando el perro, que apenas podia moverse.

Federico llegó á este grupo comiendo aún, y al ver aquel espectáculo, sus ojos se llenaron de lágrimas. Poco mejor le habian tratado á él que al perro. ¡Tambien él era desgraciado!

—¿Dónde vais con ese animal?

—Al rio.

—¿Y no os da lástima?

—Sí, pero conviene matarlo.

—Porque va á rabiar.

—De hambre, ¿no es verdad?

—No sabemos.

—¡Dádmelo á mí!

—No queremos.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos á divertir con verle nadar.

—¿Con que os divierte la agonía de un animal que no puede defenderse? Si os hicieran á vosotros un daño, ¿os alegraríais?

Los niños se quedaron suspensos.

—¡Dadme el perro, os lo suplico! ¡Es una crueldad lo que vais á hacer!

—Verás cómo te muerde.

—¡No, no le soltamos!....

—Ya está seguro.

—No embestirá más.

—Dejadme al menos que me acerque.

—Sí, sí, verás qué avance!

El animal estaba ya muy decaído. Abria los ojos y los cerraba con languidez, con esa mirada espresiva é inteligente del perro, que sabe muy bien cuanto pasa á su alrededor, y comprende hasta en el más insignificante gesto quién es su amigo.

Si todas las almas fueran sensibles para analizar lo que vale un perro, de seguro no habria quien los maltratase sin piedad.

Un perro es la estampa de la fidelidad, la precaucion y el cariño.

No tiene el hombre amigo más fiel ni más astuto.

Llora con sus amos, participa de sus aflicciones ó alegrías.

Apenas le pierde de vista una hora, cuando salta de gozo al hallarle.

Por seguir á su amo se espone á matarse, arrojándose por tapia ó ventana si no halla otra salida.

Devuelve por un golpe una caricia.

Siempre tiene fija la mirada en el rostro de su amo, por adivinar sus mandatos.

Vela y defiende la casa, y si ve que tratan de penetrar en ella, se deja matar antes que dar la señal de aviso.

Se pone siempre delante del peligro, y si ve que sucumbe la persona que ama, le sigue al cementerio y llora, dando ahullidos sobre su tumba.

Los séres racionales á quienes entregamos con nuestra amistad nuestra alma, no harian otro tanto.

Y sin embargo hay quien martirice estos animales. Hay quien encontrándolos en la calle les pega cruelmente, por el solo placer de hacer daño.

Séres estúpidos, sin corazon, que jamás se detienen á meditar el valor de cada sér que Dios lanzó al mundo, y lo cruel que es atormentarlos y producirles dolores agudos.

El que pisa una hormiga con premeditacion de matarla, no deja de ser menos culpable que el que castiga un perro sin causa.

Solo debemos matar los animales dañinos, y esto sin prolongar su agonía, ni hacer crueldades con ellos.

Desde niños se desarrollan los instintos en el hombre del bien y del mal. ¡Ay de aquellos que son aviesos y crueles, y no tienen al lado un sér que vele por ellos y les enseñe la humanidad y el bien!

Hay padres que dejan impasibles que sus hijos saquen plumas á pájaros vivos, apalean los gatos por el solo gusto de verlos correr, y echar agua hirviendo en las grutas de las hormigas para verlas salir atropellándose achicharradas por el fuego.

Esto, bien mirado, es horrible; y sin embargo, lo dejan pasar impunemente los que debieran educar y formar los corazones por una sola máxima muy sencilla, pero que si la aprende bien el niño, es la educacion entera, basada en la doctrina de Jesucristo: *Lo que no quieras para tí, no lo quieras para nadie.*

II.

Federico poseia una de esas almas que son educadas por sus propios instintos, y estos eran tan sensibles y puros, que el desgraciado niño rompió al fin á llorar viendo la tenacidad de aquellos malévulos muchachos que insistian en arrojar al agua al moribundo perro, que los miraba dando ahullidos ahogados, que acaso querian decir: ¡dejadme por piedad!....

Lo arrastraron algunos pasos todavía, y dió un gemido doloroso que parecia salir de un cuerpo humano, segun lo sentido y profundo. Volvió los ojos casi apagados hácia Federico, como pidiéndole socorro. Entonces el niño se lanzó sobre la turba, y con un esfuerzo singular empezó á dispersarla, no sin recibir algunos golpes, que parecian no impresionarle, atendiendo únicamente á hacerse dueño de la soga que llevaba preso el perro.

Sus esfuerzos fueron vanos; luchaba con muchos, y su naturaleza, aunque ardiente, se hallaba decaida por la debilidad.

Entonces le ocurrió una idea, y fué ofrecer á los muchachos el resto del franco que le dió el pintor, y hacer las paces con ellos, mejor que una guerra obstinada y sin fruto. Es verdad que acaso al otro día careceria de alimento; acaso sucumbiria de hambre; pero.... ¿quién mira para hacer bien el dia de mañana?

El convenio se hizo. Los muchachos se fueron saltando con sus monedas, y el moribundo perro pasó á manos de Federico. Este se sentó junto al animal, y empezó á acariciarle: desató la especie de horca que oprimia su garganta, le echó la cabeza sobre sus rodillas, le acarició, le besó con extremo, procuró limpiar el lodo de su fina piel, é hizo cuantos halagos y extremos dicta un corazon sensible para con la desgracia.

—Ya no estoy solo, se dijo á sí mismo: tengo un perro que me seguirá á todas partes, que sufrirá conmigo, que será mi compañero, mi guarda, mi guía.

Redobló sus halagos á esta idea; pero el animal no daba señales de vivir mucho: sus ojos volvieron á cerrarse, y empezó á temblar y á hacer estremecimientos convulsivos.

Los ojos de Federico se llenaron de lágrimas.—¡Se va á morir! dijo, é inclinó la cabeza con desaliento.

Entonces lo colocó sobre sus rodillas y lo oprimió contra el pecho, notando que estaba frio como el mármol.

Permaneció un gran rato abrigándolo con esmero, y le pareció que se iba reanimando. Aún le quedaba algo de su frugal comida, y fué dándosele á pedacitos como si alimentase un niño; pero en verdad el pobre perro no necesitaba tanta prolijidad, pues á pesar de su decaimiento, devoró aquella pequeña racion, mirando las manos del niño á ver si quedaba más.

—¡Tienes mucha hambre, ya lo veo! exclamó Federico; y yo para librarte me he quedado sin moneda alguna con que satisfacerla; pero no tengas cuidado: aún no ha llegado la noche del todo, y yo pediré para tí.

Cogió su perro en brazos, y se fué á los boulevares implorando de puerta en puerta con doliente voz.

En unas tiendas permanecian indiferentes; en otras no le contestaban. El bullicio, la venta, la animacion, dejaban pasar desapercibido aquel triste cuadro.

Las mismas almas que en la soledad son susceptibles de enternecerse, en medio de la animacion y los negocios se hacen impasibles ó distraidas.

Por eso en las ciudades populosas parece sin recursos más bien un desgraciado, que en la mísera aldea, donde es oido con atencion y esmero.

El perro pesaba mucho, y Federico estaba rendido. Descansaba unos ratos, y volvía á cogérle para abrigarle de nuevo.

Viendo la indiferencia de las gentes, determinó contar lo ocurrido con aquel animal, é interesar los ánimos para que le socorriesen. Se llegó á un señor grueso, que miraba con atencion los dijes de un lujoso *bazar*, para ver si la hermosa hija que le acompañaba apetecía alguno, y con voz entrecortada empezó á referir lo ocurrido. Volvió la cabeza el caballero, y dijo sonriendo:

—Estos vagos de niños todo se les vuelve

inventar medios para sacar dineros al prójimo. ¡Ya, ya estais conocidos! A trabajar, á trabajar, que oficios hay en que ocuparse.

—Señor, contestó Federico, yo no he aprendido ninguno. Desde que supe hablar, solo supe seguir á mi pobre madre por las calles y pedir con ella. Luego murió, y quedé solo y miserable, pidiendo y llorando siempre; pero ahora no suplico por mí, señor: este infeliz animal, á quien he salvado la vida, se muere de hambre, y así Dios os conceda el cielo como no es cuento lo que os he referido.

—Casi estoy por creerte, muchacho: lo dices de tal modo....

Y pausadamente llevó la mano al bolsillo el caballero; pero su hija, que á la relacion del niño se habia puesto pálida y conmovida, detuvo á su padre diciendo:

—No, papá, no; quiero ser yo misma la que socorra á este desgraciado.

Y sacando su pequeña mano de un maniguito de cisne, sacó del bolsillo de su traje una moneda y la puso en manos del niño, mirándole con una cariñosa sonrisa de piedad.

Federico se estremeció al recibirla, y la devolvió, diciendo:

—Señorita, os habeis equivocado. Me dais una moneda muy grande: valdrá mucho. Yo jamás he recibido una limosna así.

—Tómala, hijo mio; son cinco francos nada más.

—Luisa, dijo el caballero en tono de reconvenccion, no te se puede dejar que hagas bien: eres demasiado pródiga, y á ese paso concluirás por arruinar á tu padre. Todas las desdichas quebrantan tu corazon, y el medio que tienes de remediarlas es bien funesto para quien ha de atender á ellas.

—Perdon, padre mio; pero como ahora mismo me brindábais con los objetos que encierra ese cristal, que el más pequeño vale acaso diez veces más que lo que he dado á ese niño, he creido que el privarme de un capricho economizaba algo para vos, y socorria una desgracia.

—¡Ya, ya!... si ajustas esas cuentas, siempre irá la razon contigo; pero tu clase, tu rango exige que te adornes de joyas y traje, que

siempre desdeñas por hacer bobadas como esta. Ese misero niño, ¿para qué necesita tanto dinero? Hoy recoge, mañana tambien, y sale del dia más satisfecho y contento que nosotros, obligados á ostentar una grandeza que muchas veces no está conforme con el estado de nuestros fondos. Tú no comprendes nada de esto, y....

Luisa miró á su padre llena de tristeza, diciendo:

—Nunca estaremos de acuerdo, padre mio, en esta cuestion. ¿Seré yo más hermosa, ni tendré mayor valor á los ojos del buen juicio y el talento, porque lleve una joya al pecho, ni ostente un brazalet de ricas piedras?....

Os suplico, padre mio, no os incomodeis por lo que voy á deciros. Cuando vuestro estremoso cariño se ocupa en buscar medios de enriquecerme y halagarme con diamantes y blondas que realcen mi escasa belleza, me haceis sufrir mucho, porque considero que con lo que gastamos las gentes del gran mundo en hacer ostentacion de nuestra vanidad, podian socorrerse familias virtuosas que yacen en la miseria y el olvido. Os suplico desde hoy que las cantidades que empleais en darme trajes y joyas que oprimen mi corazon, las empleeis en los asilos de beneficencia ó en necesidades más dolorosas todavía; en esos desgraciados séres que, ocultos en su morada triste y oscura, ni tienen valor para implorar á sus semejantes, porque su clase no lo permite, ni pueden ser llevados á esas casas de socorro porque nadie se atreveria á revelar en voz alta lo que sucede á una familia llena de dignidad y de miseria á la vez.

El caballero no respondió; pero se quedó reflexivo, y dando el brazo á su hija subieron á una carretela que los aguardaba, mientras que Luisa, volviendo la cabeza, echaba una última mirada al niño, y se sonrió con él, al ver que la miraba elevando al cielo las manos y colmándola sin duda de bendiciones.

Federico miró al coche hasta perderlo de vista, y se enterneció mucho cuando hubo desaparecido.

En seguida cogió su perro en brazos y echó á andar con paso firme, como persona de im-

portancia, brillando sus dos negros ojos de gratitud y alegría.

(Se continuará.)

Rogelia LEON.

LAS ARCAS DEL CID.

Allá en el siglo XI, cuando los moros ocupaban la mayor parte de España, vivia Rodrigo Diaz de Vivar, que con el sobrenombre de Cid es tan conocido y tan amado por todos los buenos españoles. Teniale el rey castellano en mucha estima como al mejor y más valiente de sus soldados, y de continuo le llevaba consigo don Sancho II de Castilla en las correrias que hizo en las tierras de sus hermanos los reyes de Leon y de Astúrias y contra los vasallos de sus hermanas, que eran dueñas y señoras de Toro y de Zamora. Pero la ambicion de D. Sancho fué causa de su muerte, porque asesinóo Vellido Dolfos en el cerco de la ciudad de Zamora; y como muerto D. Sancho, el trono de Castilla debia ser ocupado por D. Alfonso, á quien su hermano habia desposeido de la corona de Leon, los castellanos creyeron que no podian consentir que ocupase el trono D. Alfonso sin que antes jurase que no habia tenido parte alguna en el asesinato de D. Sancho. Concedores del valor y la hidalguía del Cid Campeador los castellanos, le confiaron el delicado encargo de exigir al nuevo monarca el juramento que todos deseaban prestara para tranquilizar sus conciencias, que no les permitian alzar como rey al que pudiera ser sospechoso de crimen tan horrendo como es el fratricidio. Aceptó de buen grado el Cid el encargo que le hacian, y exigió de D. Alfonso en Santa Gadea que jurase, con las manos puestas sobre los Evangelios, que no habia tenido parte en el asesinato de D. Sancho; pero desde entonces, segun cuentan los antiguos cronistas, enojóse el monarca contra el audaz caballero que se atrevió á exigirle juramento, y túvole siempre malquerencia. Conociéronlo los enemigos del Cid, que siempre tiene enemigos el que obra recta y noblemente, y buscaron medios de avivar el resentimiento

del monarca hasta que el Cid salió por su orden desterrado de Castilla. Y como era universal su fama de valiente y hábil capitán, y muchos nobles y pecheros le amaban, acudieron en tropel á unirse á sus banderas, unos y otros porque comprendían todos que aun desterrado de Castilla llevaría á cabo el Cid hazañas inmortales y magníficas conquistas. Pero entonces, como en todos los tiempos, para la guerra necesitábase dinero, y el Cid no lo tenía, y dirigiéndose á Martín Antolínez, *el Buralés cumplido*, díjole

que necesitaba dinero, y para obtenerlo le pidió que llenase dos arcas de arena forradas de cuero y con clavos dorados para que las llevase á Raquel y Vidas, judíos muy ricos de Burgos, para que sobre ellas le prestasen la suma que necesitaba. Apresuróse Martín Antolínez á llevar las arcas á Raquel y Vidas, diciéndoles que el Cid había entrado en tierra de moros cogiendo cuantioso botín, del que había retenido una gran parte, siendo esta la causa del enojo del rey que le obligaba á abandonar sus casas, sus



Martín Antolínez y el judío Raquel.

heredades y sus palacios; pero que tenía dos arcas llenas de oro que no podía llevar consigo por no ser descubierto. Que había decidido dejarlas en sus manos con tal que le prestasen lo que necesitaba. Conferenciaron entre sí los judíos, y conociendo que podrían recabar gran provecho de aquel préstamo, convinieron en entregar á Martín Antolínez seiscientos marcos, pero se resistieron á dárselos hasta tanto que las arcas no estuvieran en su poder. Convino en ello Martín Antolínez, y los tres juntos fueron á la tienda del Cid á buscar las arcas prometidas.

Al entrar en la tienda besáronle las manos; sonrió el Cid, y díjoles:

Ya don Raquel é Vidas, avedesme olvidado.
Ya me exes de tierra, ca del rey so ayrado.
A lo que ni semeia, de lo mio avredes algo.
Mientras que vivades, non seredes menguados.
Don Raquel é Vidas á mio Cid besáronle las manos.

Convinieron Raquel y Vidas en entregar los seiscientos marcos con la espresa condición de no abrir las arcas hasta pasado un año. Lleváronse las arcas los judíos, y fué en su compañía el astuto buralés Martín Antolínez, que recibió de

mano de los judíos los seiscientos marcos, trescientos en plata, y en oro los restantes. Y no satisfecho aún Martín Antolínez, les pidió para calzas (como si dijéramos corretaje), y los judíos, en la persuasión de que habían hecho un convenio muy lucrativo, diéronle treinta marcos al noble y fiel compañero del Cid, que contento y satisfecho corrió en busca del esforzado capitán, que le recibió con los brazos abiertos, porque le traía dinero con que pagar á su gente necesitada.

Despidióse el Cid de su mujer y de sus hijos, y despues entró por tierra de moros venciendo á reyes, conquistando ciudades, en las que hizo muy rica presa, con la que pudo, antes de trascurrir el año, devolver los seiscientos marcos á Raquel y Vidas, recogiendo las arcas que, aunque llenas de arena, tenían gran precio á los ojos del Cid, porque en ellas estaba enterrada su palabra de devolver antes de ¡un año la cantidad que recibió.

Tanta era la confianza que el Cid Campeador tenía en Dios y en el esfuerzo de su brazo, que pudo con entera convicción hacer este pacto con los judíos, sin que su palabra de caballero se viera desmentida, ni sospecharan Raquel y Vidas el engaño del astuto Martín Antolínez, á quien llaman las crónicas el *Burgalés cumplido*.

Francisco de P. CANALEJAS.

LEYENDAS Y TRADICIONES MADRILEÑAS.

(CONTINUACION.)

II.

Asesino y medroso.

Era el santo día de la Natividad de la Virgen, y la iglesia del convento de San Clemente de Sevilla se veía espléndidamente aderezada para la gran festividad. Flores y cirios mil ornaban los altares; nubes de incienso subían al cielo con las plegarias de los fieles y de las santas esposas de Cristo, y el majestuoso torrente de armonía que del órgano se desprendía llenaba la alta nave sustentada por esbeltas ojivas. Todo está pronto; la misa va á dar principio, y los

sacerdotes van á dejarse ver en el altar. De repente, gritos de alarma y de asombro resuenan en el sagrado recinto. El terror y la sorpresa se apoderan de los circunstantes. Las mujeres huyen, los hidalgos llevan la mano á sus espadas... Las tímidas religiosas, interrumpiendo la sagrada canturía, gritaban:

—¡Favor!... ¡Cristianos, socorrednos! ¡Un sacrilego intenta allanar nuestro santo retiro!

Todo era confusion, todo desórden. El diácono que iba á cantar el Evangelio acudió, sin desnudarse de la dalmática, al pórtico del convento, donde los gritos y lamentos eran más repetidos, y vió un jóven de alta estatura, cabellos rubios y gentil presencia, pero de torva faz, ojos pequeños y sangrientos cual los del tigre, y que miraban traidoramente. Ostentando el más cínico desenfreno, pugnaba por penetrar en la clausura en busca de una bella religiosa en quien pusiera su impúdica mirada.

—¿Qué intentais, mancebo loco? ¡Atrás! ¡Respetad á las vírgenes de Dios! dijo el diácono interponiéndose entre la puerta y el forzador.

—¡Conóceme, miserable! gritó furioso el osado libertino.

—Sí, os conozco..... sois el azote de este desdichado país..... pero el cielo, cansado de vuestros crímenes, ha contado vuestros días, que acabarán desastrosamente.

—¡Traidor! ¿Osas alzarte contra tu señor? ¡Muere!....

Y en el instante sepultó su daga en el pecho del desdichado diácono, que cayó muerto esclamando:

—¡Maldito seas! ¡Misericordia, Dios mio!

Un grito de horror resonó terrible y amenazador. El asesino, sin cuidarse de recobrar su acero, huyó por entre la asombrada muchedumbre, y nadie se atrevió á ir en su seguimiento.

Se pasaron muchos días. La espléndida córte de Castilla se hallaba momentáneamente en Madrid, cuando una noche bajaba por la cuesta de Balnadu, y en dirección del alcázar, un hidalgo embozado en oscura capa. En su toca se mecía, no sin gracia, una pluma de águila. Se veía brillar la contera de su larga espada, y su paso

rápido y resuelto hacia resonar sus dorados acicates. De pronto, un bulto que se dibujaba vagamente en la sombra que proyectaba el antiguo convento de Santo Domingo el Real, se acercó pausadamente al hidalgo, que requiriendo la espada y echando un pié atrás, gritó imperiosamente:

—¿Quién va?

El siniestro fantasma se desenvolvió pausadamente de un ancho manto negro, dejó ver la imagen del diácono asesinado en Sevilla, vestido de dalmática cual el día de su muerte, con la daga clavada aún en su pecho, y repitió con fatídica voz aquellas palabras:

—¡Maldito seas! ¡Misericordia, Dios mio!

El *asesino medroso* cayó sin conocimiento.

Corrieran pocos días, cuando en la modesta vivienda del anciano confesor de las nobles *dueñas* de Santo Domingo el Real, llamó con duplicados golpes un jóven y hermoso paje «de color sonrosado y rubia guedeja.» Ostentaba en su rico vestido el blason de su señor, y su ademán era petulante y soberbio.

—Parece estábais dormido, dijo con desenfado: vengo de parte de mi escelso amo.

—De ese tigre carnicero que anega en sangre á Castilla..... Creí ignoraba mi nombre y mi existencia.

—Mirad, buen viejo, lo que decís, que puede costaros caro.

—Yo no temo más que á Dios. En fin, ¿cuál es tu mensaje?

—Ese que tanto denostais os envía estas doblas para que digais una misa por el alma de un cierto diácono sevillano, cuya alma se le apareció cerca de este convento.

—Di á tu señor que el perdón del cielo no se compra con oro, sino con humilde arrepentimiento. Devuélvele esas monedas.

—Allá os compongais. Celebraré no hayais de llorar vuestra imprudencia.

.....

Pedro el Cruel, infiel por aquella sola vez al ominoso título que con tanta justicia le dió la historia, fué dócil al consejo del buen religioso, y para perpétua memoria de su crimen y de su

arrepentimiento, hizo escribir en el muro exterior de la iglesia de Santo Domingo las palabras que el diácono pronunciara al morir, y que el fantasma repitiera: ¡Maldito seas! ¡Misericordia, Dios mio!¹

III.

El zapato de plata.

Ante una efigie de Cristo Crucificado que de tiempo inmemorial se veneraba en el antiquísimo santuario de Nuestra Señora de Atocha, se veía postrado un anciano derramando copiosas lágrimas y orando fervorosamente. Su plegaria tenía por objeto pedir auxilio al cielo con que socorrer á su familia querida, castigada de tal modo por el terrible azote de la miseria, que en aquel día carecía de todo alimento. El afligido clamor de aquel padre infortunado llegó hasta el trono de Dios, y su Santa Imágen, desclavando de la cruz uno de sus piés, lo estendió hácia aquel, indicándole se apoderase del rico zapato de plata que lo cubría, con lo que podría aliviar su pobreza. Dudaba el piadoso viejo en aceptar el divino presente; pero á un nuevo movimiento del Crucifijo hubo de ceder, y cogiendo con respeto la presea, corrió al taller de un platero á enajenarla. Reconocida por el artifice, y tomando por autor de un robo sacrilego al hombre que por sus virtudes acababa de merecer al cielo tan señalado favor, le condujo ante la justicia. Interrogado el presunto reo sobre la procedencia del *zapato de plata*, declaró sencillamente el milagroso suceso, y presentó como único testigo al Santo Cristo, á cuya presencia rogó se le condujese. Cumplido tan extraordinario careo, otro nuevo milagro vino á confirmar al primero y á la palabra del anciano. Postrado pues en el suelo, y pidiendo en alta voz á Dios hiciera patente su inocencia, la portentosa Imágen desclavó el pié calzado, invitándole á tomar el zapato que conservara.

El Santo Cristo conocido con la estraña ad-

¹ Existia há pocos años, y creemos exista aún, esta siniestra inscripcion, que repetidas veces hemos leído en nuestra niñez. Las nuevas casas adheridas al convento de Santo Domingo el Real la ocultan á las miradas del público.

vocacion *del Zapato* desde el suceso que acaba de referirse, era una de las imágenes más veneradas por el pueblo de Madrid hasta 1808, que fué profanada y hecha pedazos por los invasores franceses. Hubo sin embargo una mano piadosa que recogió aquellos venerandos restos, que en pequeña urna de cristal se ofrecen aun hoy en el convento de Atocha á la vista de los fieles.

N. C. de CAUNEDO.

LAS ABEJAS.

(CONCLUSION.)

Las abejas son unos animalitos dotados de muy viva sensibilidad, muy irritables. El frio les impresiona tan fuertemente, que en ciertos países y en inviernos rigurosos pasan cuatro meses, de los ocho que tienen *r*, como aletargadas, sin salir de las colmenas. Por otra parte, seria inútil que salieran durante ese tiempo, esponiéndose á morir de frio, pues tampoco hallarian en los campos ni en los jardines las flores que más les gustan. En tal estado, las abejas, como todos los animales que pasan el invierno aletargados para despertar en la primavera, no toman alimento ni lo necesitan, porque su movimiento y su vida están, digámoslo así, suspensos. Pero si en dias de buen sol, y principalmente en la proximidad de la estacion de las flores, se las ve reanimarse y aletear en lo interior de la colmena, es necesario suministrarles el sustento de que allí carecen, porque no es tiempo todavía de que vayan á buscarlo fuera. En ese caso se les suele poner arroyo con vino dentro de una vasija de boca ancha, vuelta hácia abajo y cerrada con un lienzo muy tupido que solo deje rezumar el líquido espeso gota á gota. Así pueden saciar el apetito que con el desusado ejercicio se les despierta: de otra suerte sería fácil que pereciesen de hambre.

No les daña menos el extremo opuesto, ó sea el calor excesivo, porque las irrita y las pone fuera de sí; lo cual es sumamente peligroso para las personas que andan cerca de ellas,

pues acometen á cualquiera que se les aproxima. Igual efecto les produce la proximidad de una tormenta, un ruido ó conmocion cualquiera á corta distancia de la colmena, la aproximacion de ciertos objetos que las asustan.

Es bueno tener presentes estas circunstancias para evitar desgracias, á veces muy graves. Ha habido casos en que todas las abejas de un enjambre se han arrojado sobre una persona ó un animal, y han sido tan numerosas las picaduras, que les han causado la muerte en cortos instantes. En una casa de campo del mediodía de Francia, volviendo del trabajo un labrador, dejó cuatro caballerías que traia en un campo cerca del cual habia una colmena, entrándose él un momento en la casa. Asustáronse y se irritaron sin duda las abejas por el patear y aun por el olor mismo de las caballerías, y saliendo de improviso y en tropel se arrojaron todas á un tiempo sobre ellas, cubriéndolas en términos que no se veia en los pobres animales pellejo sano, como suele decirse. Cuando acudió su dueño, ya tres de las caballerías estaban sin vida y la otra no tardó mucho en morir. El mismo labrador, por socorrer como es natural á sus bestias, quiso hacer esfuerzos para ahuyentar á las abejas; pero tuvo que desistir de su empeño, saliendo muy maltratado de las picaduras; y á consecuencia llegó á tener muy en peligro su vida. Pocos meses hace, á una pobre mujer de 63 años que andaba pidiendo limosna en Canales, le dió la ocurrencia de tomar un poco de miel de una colmena; pero le costó cara la accion, porque alborotadas las abejas, hicieron presa en la infeliz, y en tanto número fueron á clavarle el aguijon en la cara y en toda la cabeza, que no pudo ya más que dar unos cuantos pasos, cayendo luego al suelo víctima de un derrame de sangre en el cerebro.

Estos dos tristes ejemplos, entre los muchos que pudiéramos presentar, es necesario recordarlos, para no omitir precaucion alguna al aproximarse á un enjambre.

Quando se trate, por ejemplo, de estraer miel y cera de la colmena, ó limpiarla, ó trasladarla á otro sitio, ó hacer, en fin, cualquier otra operacion que exija dar salida á las abejas, no debé

cometerse la imprudencia de asustarlas, presentándose con un antifaz de alambres y enguantadas las manos; pues si bien de este modo queda ileso el que se acerca á la colmena, en cambio la mayor parte de las abejas se quiebran el aguijon contra el alambre y mueren, lo cual es una pérdida para la colmena; ó irritadas como están, pican á las primeras personas que encuentran, cosa que no suelen hacer estando tranquilas en sus escursiones ordinarias. El medio mejor de obligar á salir á las abejas de una colmena, sin dañarlas ni provocar sus temibles iras, es hacer mucho humo en la abertura de la colmena con paja ó ramas secas. El humo las atonta, y por no asfixiarse van saliendo al exterior y se alejan en busca de aire puro. En ningun caso se las debe ahuyentar á gritos ni sacudiéndolas con pañuelos ú otro objeto semejante.

Las abejas, cuando no están irritadas por alguna de las citadas causas, ni se las persigue ó ahuyenta con violencia, no se dirigen á picar á nadie, ocupándose sencillamente en sus tareas. Sabiendo esto, es lo más prudente alejarse de ellas y dejarlas en paz. Algunas veces, sin embargo, ya por imprudencia propia ó por el estado de irritacion de las abejas, algunas personas reciben picaduras, siendo esto bastante frecuente en los niños.

Inmediatamente despues de haber recibido una picadura de abeja, hay que mirar si esta ha dejado el aguijon, como sucede casi siempre, y en tal caso extraerlo; pero antes es preciso cortar con unas tijeritas la vejiguilla que queda pegada al aguijon, la cual contiene todavía veneno, que se derramaría en la herida. Hecho esto, se lava en seguida el sitio de la picadura con agua de nieve ó agua y vinagre, ó mejor todavía extracto de saturno ó amoniaco líquido, tambien diluidos en agua. Si persiste algo el dolor, se aplica una pomadita de belladona ó de beleño.

Digamos algo de los productos que debemos á las abejas: la cera y la miel.

La cera forma las celdillas en que está contenida la miel. Estraida esta y limpiando los panales repetidas veces con agua pura ó una disolucion de cloruro de cal, hasta que quede bien

blanco todo, resulta lo que se llama *cera virgen*.

Para estraer la miel, se quitan primero las laminas de cera que forman las celdillas, y se esponen los panales á un calor suave. De este modo empieza naturalmente á manar la miel más pura, llamada *miel blanca ó miel virgen*. Despues se rompen los panales, se esprimen, y por medio de un calor ya más fuerte se obtiene la *miel amarilla*. Y por último, *la miel comun ó inferior* proviene del residuo de la operacion anterior más fuertemente esprimido, espumado y reposado. La calidad de la miel varia segun los países y segun la clase de plantas en que la han recogido las abejas.

La miel es un alimento grato al paladar, y á veces muy provechoso para el estómago. No conviene sin embargo abusar de él, porque fácilmente se convierte en sustancia irritante. Los niños, sobre todo, que son tan aficionados á la miel, no deben usarla con exceso. En las criaturas que maman todavía debe proscribirse del todo. Más adelante, cuando empiezan á andar y ejercitan sus fuerzas corporales, puede dárseles mezclada con pan, cuidando mucho de que no esté fermentada. Conviene particularmente el uso moderado de la miel á los niños apáticos, perezosos de vientre y propensos á la hipocondría.

Nos despediremos ya de las abejas, deshaciendo antes una preocupacion que algunos han manifestado sobre ellas. Se las acusa de hacer daño á las plantas de las inmediaciones de la colmena. Esto no es exacto. No solamente no hacen las abejas daño alguno á las plantas, sino que al contrario, pasando de flor en flor, se llevan pegado á sus patitas el pólen fecundante, y lo trasladan de unas flores á otras, contribuyendo así á la fructificacion de un modo notable.

Ignacio OLIVER.

EL BARDO.

Apenas soplaba el viento,
sin nubes lucía el sol,
y la gente se agrupaba

en torno del trovador
 con ansioso afán pidiéndole
 su más sentida canción.
 Una dama le pregunta :
 —¿De dónde viene el cantor?
 Y él al punto le responde :
 —De las tierras de Aragón.

He cantado las proezas
 de Jaime el Conquistador,
 las penas de los guerreros
 que adoran á Doña Sol,
 y la brisa ha murmurado
 mis dulces trovas de amor.
 —Pues hoy que es día de huelga,



El bardo.

un guerrero replicó,
 cántanos esas canciones,
 y así te lo premie Dios.
 Y al compás de su laud
 esto cantó el trovador :

«Tú eres un rayo de luz divina,
 y me alumbrabas en Palestina;
 tú eres el viento que yo escuchaba
 cuando el caballo me arrebatava;
 por tí he vencido, por tí he vivido,
 dame tu alma, toma la mía;
 si sabes cuánto por tí he sufrido,
 ¿por qué me cierras tu celosía?

Yo soy la flor que nace
 en la pradera,

y no acaricia nunca
 la primavera.

Yo soy la ola
 que en tu desdén se estrella
 mísera y sola.

A tí te han dado los ruiseñores
 los dulces trinos de sus amores.
 ¿Cuál es tu encanto? Nadie lo sabe.
 Tierno misterio de flor y ave,
 ven y disipa tú mis enojos;
 de tus hechizos estoy sediento;
 que á tí te buscan siempre mis ojos,
 á tí te busca mi pensamiento.»

Los guerreros y las damas
 que oyeron esta canción,

traen á su alma el recuerdo,
 el recuerdo de su amor.
 Seguía tranquilo el viento,
 lucía radiante el sol,
 y el postrer eco del arpa
 en el aire se perdió.
 Y es fama que al otro día
 se supo que de Aragon
 á Castilla vino un príncipe,
 fingiéndose trovador,
 á cantarle sus amores
 á la hermosa Doña Sol,
 la dama más celebrada
 de la córte de Leon.

Luis RIVERA.

MARGARITA LA JARDINERA.

—¿Si no estará hoy tampoco Francisco? decía Margarita á su mamá llamando en la puerta del jardin del valenciano. ¡Pues no abre!

—Vuelve á llamar, y si no contesta nos marcharemos.

Dió dos aldabonazos Margarita, y tenia levantado el aldabon para dar el tercero, cuando asomándose una vecina que estaba cantando á voz en cuello, dijo:

—No hay *nainde!*

—¿Está malo acaso Francisco?

—No señora: me ha dicho *su parienta*, á quien he encontrao esta mañana, que como ha llovido tanto no se puede trabajar la tierra, y que por no perder el tiempo, como es tan trabajador Francisco, se entretiene en afilar las herramientas y en pulir las estacas para las *es-palderas*.

—Ah! está preparando las espalderas para los emparrados!

—Sí señora. Como hace ese tiempo tan condena no parece por el jardin. Solo estuvo un momento el otro día para cubrir con las esteras los semilleos. Si le quieren ver ustés, vive.....

—No, gracias, sabemos su casa; pero no estando enfermo.... le veremos otro día.

—Es que tiene unos tiestos con unas *arné-monas* que.....

Y dió un cierto ronquido con la nariz, que indicaba que á más de ser andaluza era de Jaen.

—¿Con que tiene anémonas en su casa y nunca me ha hablado de ellas?

—Las flores más *escogias* las tiene en su patio, y las cuida como á la niña de sus ojos.

—Oh! mamá, vamos á ver las anémonas! dijo Margarita acariciándola para que no se opusiera á su gusto.

—Como quieras.

—Con Dios, buena mujer; vamos á casa de Francisco. Adios!

—Ya verán ustés qué *arné-monas!* y dió otro ronquido.

Y saludando con agrado á la vecina madre é hija, emprendió aquella sus interrumpidas plateras, y estas el camino de casa de Francisco, diciendo Margarita:

—Este mes lo dedica el jardinero á la preparacion de los útiles de labranza, resguarda del frio á las flores, y prepara las espalderas para sostener los frutos..... Está muy bien, no se me olvidará.

Faustino BASTÚS.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Las debilidades retardan, las pasiones desca-minan, los vicios esterminan.

La bondad de Dios es admirable; él ha querido que el tiempo de nuestras penas sea muy corto, y que el de nuestra recompensa sea eterno.

La edad es como la nieve, se derrite con el sol.

La juventud es en sí tan amable, que fuera menester adorarla si siempre el alma y el espíritu correspondieran á la belleza y perfeccion del cuerpo.

(Mad. de Sevigne.)

Un rico avaro es más pobre que un pobre liberal.

Las faltas imperceptibles suelen ser las más perniciosas.

La desgracia es terrible para el que piensa que jamás puede alcanzarle; pero la sobrelleva con resignacion el que está dispuesto á recibirla.

LA ROSA Y EL JILGUERO.

FÁBULA.

Entre sus verdes hojas escondida
Y por ramas y espinas resguardada,
De aroma perfumada,
Una rosa pasaba dulce vida
Contenta, resignada.
De su aroma y colores un jilguero
Con delirio amoroso se prendó,
Y sin ver las espinas, muy ligero,
A la flor aturdido se lanzó,
Quedando ¡ay! herido y prisionero.
*Sé prudente en la vida,
Que do quiera una espina hay escondida!*

Faustino BASTÚS.

LA PELOTA.

El juego de pelota es antiquísimo, siendo el pasatiempo de muchos príncipes, entre los cuales citaremos á Felipe *el Hermoso*, que se dice murió de resultas de haberse entregado con exceso á él: ha estado en uso en muchos pueblos, y es en el día el juego predilecto de los navarros y vizcainos.

La pelota es una esfera más ó menos grande, generalmente del tamaño de una manzana pequeña, formada de tiras ú orillos de paño fuertemente doblados entre sí y en varias direcciones, y cubierta de cuero cortado convenientemente en cuatro rajadas, que cosidas por los bordes presentan una superficie tersa y sin re-

bordes salientes. Las pelotas mejores son las más duras y las que más se aproximan á la forma esférica: las construyen los sastres de portal ó que no tienen mucha parroquia, y de ahí viene decir: *es sastrer de pelotas*, al sastrer de poca habilidad.

Las pelotas de goma sirven para los niños.

Hay varios modos de jugar á la pelota. Se juega á mano limpia ó con paleta; con pelota grande ó pequeña; entre dos ó más, y al *bote* ó á la *larga*, etc.

El juego de pelota, como todo juego, se presta á que se atravesase dinero apostando por la destreza del uno contra la del otro; pero en este se han hecho apuestas de consideracion, llegando al punto de citarse con meses de anticipacion para presenciarse el *partido* de dos famosos jugadores de pelota.

Para partidos formales hay edificios expresos (tal es la aficion que ha habido por este juego) que constan de una gran sala cuadrilonga, de techo elevadísimo, con una especie de toldillo inclinado hácia el interior en la entrada de la pieza, con el fin de que resbalando por su pendiente arroje la pelota al extremo opuesto, no se mueva aquella y no lastime al público que ocupa las gradas que hay debajo del toldillo. Una gran ventana, provista de tela metálica, para que no permita el paso á las pelotas, colocada sobre el toldillo, da paso á la luz.

En estos edificios se juega á mano limpia ó con paleta; es á gusto de los jugadores.

Las paletas son ovaladas por la parte de la mano y redondas por el extremo: son delgadas, de madera fuerte y ligera, y están forradas de cuero estendido con cuidado y bien pegado.

Para jugar con pala se hace uso de las pelotas pequeñas y duras; pero á mano limpia se emplean las regulares ó comunes, por ser menos duras y más manejables, aunque en ciertos partidos es condicion indispensable, bien que causan gran daño en la mano, pues es menester darlas con fuerza para arrojarlas.

La pared del fondo de la sala, que corresponde á uno de los lados menores del cuadrilongo, tiene, á una vara del suelo y en toda su

longitud, una línea encarnada que sirve para indicar los renunciados, es decir, que la pelota que no pasa de aquella línea ha caído en renuncio el jugador que la ha echado, y se le cuenta una pérdida ó falta: al completar el número de pérdidas que se haya estipulado antes, pierde la partida.

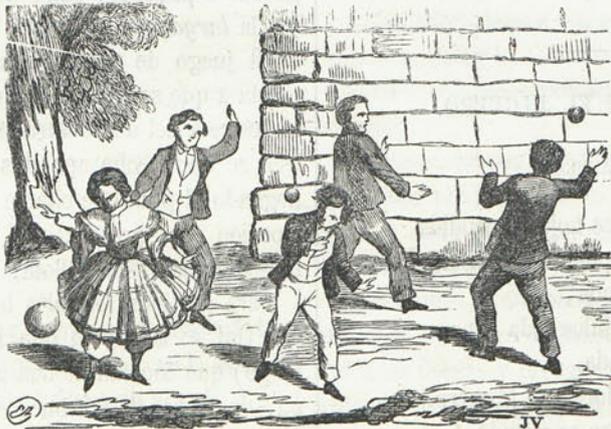
El piso de la sala está perfectamente enladrillado y también tiene en el fondo, á cosa de tres varas de la pared sobre la cual se juega, una línea negra que indica hasta dónde pueden avanzar los contendientes para coger la pelota y librarse de un renuncio.

La habilidad del juego de pelota consiste esencialmente en que no muera nunca aquella, y de ahí resulta el que sea tan difícil y cansado un partido largo.

Los niños suelen jugar á la pelota para hacer ejercicio moderado, que es muy conveniente en invierno, en las paredes de los patios, cercas de jardines, etc., que no tengan cristales, procurando que la fuerza de impulsión no sea mucha, porque pasando sobre la tapia se perdería.

Juegan también con la pelota á la *joroba*, que consiste en arrojársela con fuerza y dar media vuelta para recibirla en la espalda; y al *bote ó embote*, que es arrojarla con fuerza al suelo y cogerla en su descenso para repetir el juego.

El juego de la pelota, aun cuando es propio de los niños, suelen jugarle con bastante destreza algunas niñas, y en ciertos casos le aconsejan los facultativos como medio de desarrollo físico.



Juego de la pelota.

CUADRO ICONOLÓGICO.

(Explicacion.)

EL ORGULLO.

Una jóven representa al orgullo: es bella, jóven, y está ricamente vestida, porque cifra toda su gloria en las prendas exteriores: su aire es

altivo y desdeñoso; está dotada de un profundo amor propio, y desprecia todo lo que no le atañe. Tiene la pretension de imponer su voluntad á los demás, y trata de ocultar lo que pasa en el fondo de su alma, donde impera la falsedad y el engaño, la ignorancia

y la ruindad. Un globo le sirve de pedestal, porque aspira á elevarse sobre los demás; pero ciega á los peligros de su posición, pierde el equilibrio y se arroja al precipicio. El pavo real, vanidoso de sus ricos colores, es el símbolo natural del orgullo y de la torpeza.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE ESPAÑA. SIGLO XVII.

Un rey de España tomó el título de *Grande*, sin embargo que perdió Cataluña, Portugal y Nápoles, que cedió el Rosellon, y que reconoció la independencia de Holanda. Se le representa con un foso ó zanja, y estas palabras: *cuanto más se le quita, más grande es.*

(La explicacion en el número inmediato.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Ramon Vicente.

MADRID: 1861.

IMPRESA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.